

DESINFLADA POR UN SALERO

Por **NELLIA BURMAN GARBER**

LA MADRE de Ana, y su mejor amiga, la Sra. Martínez, estuvieron ocupadas durante varias horas planeando la venta que realizaría la Sociedad de Dorcas.

Ana vio que las manecillas del reloj se acercaban a la hora de la cena, y que de un momento a otro llegaría el padre deseoso de comer una buena comida.

Volvió luego a ocuparse de sus tareas escolares, pero la idea de la cena sin preparar interrumpía sus pensamientos. He estado estudiando arte culinario durante todo el año, pensó. Estoy segura de que podré poner en práctica mis conocimientos. La maestra de arte culinario dice que muchas de las chicas del octavo grado, realmente cocinan en la casa.

Ese pensamiento la hizo actuar. Ana puso a un lado sus libros, y se dirigió a la cocina, tratando de disimular lo que pensaba hacer, pues quería darle una sorpresa a su madre. Sabía que a su padre le gustaba tener la comida a tiempo, y se daba cuenta de que su madre estaría preocupada pensando en eso.

Abriendo las puertas del armario trató de descubrir con qué podría contar para la cena. Luego miró dentro de la nevera. De pronto se le ocurrió un menú. En la clase había aprendido a hacer papas al horno, con queso, de manera que prepararía primero las papas y las pondría en el horno. Luego abriría una lata de vainitas, o judías verdes. Eso, con quesillo, ensalada y pan casero que la mamá había hecho, iba a resultar una buena comida. Para postre serviría leche y masitas.

Ana estaba tan ocupada pelando papas y cortándolas luego en tajadas, que no se dio cuenta de que la Sra. Martínez estaba frente a la puerta de la cocina, hasta que la oyó decir:

-Ojalá yo tuviera una hija grande como la suya que comenzara a prepararme la cena. Los muchachos no son buenos para cosas así. Anita, espero que cuando Alberto esté listo para casarse, consiga como esposa una chica como tú.

Ana dio vuelta la cara rápidamente para que las señoras no notaran que se había ruborizado. Ella abrigaba algunos pensamientos secretos acerca de quién sería la esposa de Alberto, pero por nada del mundo los revelaría a nadie.

Rápidamente terminó de pelar y cortar las papas. Las enjuagó y comenzó a arreglarlas en la asadera colocando una capa de papas, espolvoreándolas luego con harina y sal, papas, harina y sal. Sus manos seguían trabajando, pero su mente estaba ausente. Las palabras de la madre de Alberto le sonaban en los oídos como una música que la tenía embelesada y como en otro mundo.

"Te apuesto a que no ha dicho eso de ninguna otra chica de la escuela -se dijo, sacudiendo el salero de nuevo sobre la capa de papas-. Si yo no fuera tan buena cocinera y no supiera ayudarle a mamá tan bien -siguió monologando para sí-, la Sra. Martínez no habría dicho que le gustaría que yo llegara a ser la esposa de Alberto. ¡Un momento! Ella no había dicho exactamente eso", Ana quería ser honrada consigo misma. "Pero casi lo dijo", se defendió. Nunca en su vida se había sentido tan orgullosa.

-Querida, te agradezco tantísimo de que hayas comenzado a hacer la cena -le dijo su madre después de despedir a la Sra. Martínez-. Es lindo tener una hija grande. Si quieres seguir con tus deberes, ahora yo puedo terminar.

-Déjame que yo termine, mamá -rogó Ana, sintiéndose todavía muy segura de sus habilidades-. Realmente me gusta hacerlo sola.

-Muy bien. Estoy segura de que tu padre se sentirá muy orgulloso de ti.

De manera que Ana siguió trabajando, sintiéndose cada vez más orgullosa de sí misma.



Cuando finalmente la cena llegó a la mesa tenía una apariencia muy apetitosa. Las papas gorgoteaban invitadoras en la fuente, recién sacada del horno; las vainitas parecían muy frescas y habían quedado de un color verde muy hermoso. La ensalada se veía fresca, y aun las rebanadas de pan parecían haber sido cortadas con más cuidado que de costumbre.

Después de la oración para agradecer por los alimentos, el padre comenzó a servir las papas porque la fuente estaba demasiado caliente para pasarla. Pepe, el hermanito menor, probó un bocado sin esperar a que el padre terminara de servir. Se veían tan apetitosas que le pareció que no podía esperar. De repente se levantó de un salto y corrió hacia el baño, escupiendo. Todos lo miraron preguntándose qué le pasaría.

Un temor escalofriante se apoderó de Ana. ¡La sal! ¡No había medido la sal! Había estado tan ocupada cantándose alabanzas que sólo había atinado a derramar sal sobre las papas. No tenía la menor idea de cuánta había usado. Tímidamente probó las papas, como lo hizo el resto de la familia. Entonces, saltándosele las lágrimas, corrió a su cuarto y cerró la puerta.

Y allí, tirada sobre su cama, lloró hasta que sus lágrimas borrarón todo vestigio del arrogante orgullo que la había perturbado esa tarde. Se vio como realmente era: dominada por un falso sentimiento de superioridad ¿Qué cosa podría ser más odiosa que eso? Oyó que la puerta se abría suavemente, y sentándose en el borde de la cama se enjugó las lágrimas.

-Yo sé lo que vas a decirme, mamá. "El orgullo precede a la caída".

-No, querida -le respondió la madre con una sonrisa un poco enigmática-. Esto me recuerda algo que me ocurrió cuando tenía más o menos tu edad. Yo me sentía especialmente alborozada por algo que había ocurrido -ni siquiera recuerdo qué era- y alguien me preguntó cómo me sentía. Le repliqué: "¡Oh, como en las nubes!" "Entonces, ten cuidado" me dijo, "porque corres el peligro de que alguien pinche el globo que te eleva y lo desinflen completamente". Nunca me olvidé de eso, Ana.

Ana se rio.

-Yo también lo recordaré, mamá. Sólo que a mí no fue una pinchada lo que me desinfló, sino ¡un salero!